Lunes por la mañana. Notas sobre el malestar en la cultura del entretenimiento

Sonia López Hana

> Now, here, you see, it takes all the running you can do, to keep in the same place.[1] —Lewis Carroll, Through the Looking-Glass (1871/2008, cap. 2)

1. Una pregunta prestada

Son las tres de la mañana y la pantalla sigue encendida. Pasa el discurso solemne de un político, cortado justo en el titubeo y musicalizado hasta volverlo un chiste irónico; un poco más abajo, alguien se promete, a esa misma hora, que este video es el último. Nos reímos del político y del que se lo promete, y en esa risa hay algo de nosotros mismos: sabemos que tampoco este va a ser nuestro último video. La convocatoria del CISIC, «El malestar en la cultura del entretenimiento», describe escenas parecidas, en las que «insiste un estar entretenidos, sin aburrirnos», y pregunta cómo es el malestar que esa cultura «segrega». Concedamos que lo hay, porque algo de eso sentimos. Queda por saber qué lo produce, dónde se encuentra y, sobre todo, por qué, si lo sentimos, consentimos aquello que nos deja ese malestar. ¿Será que no sabemos lo que hacemos? Sospechamos que la respuesta no está en la ignorancia, sino en que tenemos razones para seguir.

La pregunta no es nueva. A mediados de los años setenta, el etnógrafo inglés Paul Willis pasó largas temporadas con un grupo de muchachos de clase obrera (the lads[2]) que estaban por terminar la escuela, y los siguió después en sus primeros trabajos. Quería entender por qué esos muchachos, que de dóciles no tenían nada, terminaban aceptando, casi eligiendo, los trabajos de clase obrera que los esperaban. La respuesta fácil, que no les quedaba otra, no le alcanzaba: eran rebeldes, se burlaban de la escuela y sabían muy bien lo que les esperaba (1977/1988, p. 11).

Su caso nos va a servir de espejo, porque la forma de su problema se parece a la del nuestro: una práctica de rechazo, con un potencial de transformación, que se vive como una manera de no dejarse dominar y que, sin embargo, termina reproduciendo aquello que rechaza. Vamos a mirar el entretenimiento[3] como una práctica que produce una cultura y, dentro de ella, una forma en particular, el consumo irónico, que tiene en los memes una de sus expresiones más extendidas y es donde vemos el parecido. Lo haremos desde la filosofía, sabiendo que otras disciplinas podrán investigarlo o llevarlo más lejos, y sin olvidar que el espejo deforma: Willis estudia cómo se reproduce una posición de clase a través de una cultura masculina, mientras que el entretenimiento atraviesa clases y géneros, aunque no de la misma manera.

2. Razones para seguir

Empecemos por lo que los muchachos saben, que no es poco. Saben que la escuela no tiene nada para ofrecerles y que las horas de clase, que la institución les vende como una inversión en el futuro, valen más si se las apropian (Willis, 1977/1988, p. 43). De ahí su cultura contraescolar: escaparse, burlar las reglas, hacer de cada clase una ocasión para la «gastada», siempre en grupo. Willis llama «penetración» a esa capacidad de una cultura para ver con claridad sus propias condiciones (pp. 139-142), y Anthony Giddens, que volvió sobre el estudio, subraya que en los muchachos esa lucidez habla el idioma del humor, del sarcasmo y de la ironía (1984/1995, p. 315). No hay en ellos ingenuidad, sino una rebeldía en la que Willis ve un potencial de transformación que no se limita a la escuela, sino que alcanza al orden social (1977/1988, p. 167).

Sin embargo, esa misma cultura los acompaña hasta la puerta de la fábrica. Dejan la escuela sin títulos y aceptan el trabajo manual con una naturalidad que sorprende. Willis lo dice con una fórmula precisa: terminan por «entrar libremente bajo unas condiciones que no son libremente elegidas» (1977/1988, p. 140). Es casi la frase con la que Marx abre el 18 Brumario, cuando escribe que los hombres hacen su propia historia, pero no a su arbitrio, sino en las circunstancias que les transmite el pasado (1852/2009, p. 17). ¿Qué pasó en el medio? Willis lo llama «limitación»: la intuición no desaparece, pero se desvía hacia otras formas (1977/1988, p. 142). Al rechazar la escuela, los muchachos rechazan también la actividad intelectual en su conjunto (p. 169) y afirman, a cambio, un trabajo manual que su cultura masculina vuelve deseable (p. 67). Se sienten superiores a los conformistas que se adaptan, sin advertir que ellos también van camino a la fábrica.

Giddens ve en el caso algo que excede a los muchachos y vale para cualquier acción. Las personas saben mucho de lo que hacen, y al actuar producen y reproducen una estructura que no solo las limita, sino que también las habilita (1984/1995, pp. 54, 61-62): no somos títeres, pero tampoco somos del todo libres. Actuamos con intención, por razones y movidos por deseos (pp. 43-44), aunque siempre con un entendimiento limitado, de modo que lo que hacemos produce efectos que no buscamos (p. 319). Algunos de esos efectos vuelven sobre nosotros convertidos en «condiciones inadvertidas de actos ulteriores» (p. 45), es decir, en el escenario de lo que haremos después, que ya no reconocemos como obra nuestra. En los muchachos la cosa es más amarga, porque una práctica de rechazo, que parecía apuntar a cambiar las cosas, termina perpetuando las condiciones que las restringen, y por eso Giddens llama paradójica a esa consecuencia (p. 318), mientras Willis habla de un círculo de consecuencias no intencionadas (1977/1988, p. 75).

Conviene mirar el mecanismo de cerca, porque es el que vamos a encontrar en nosotros. Los muchachos buscan la risa y la sensación de no dejarse dominar, y la consiguen: cada vez que desarman la disciplina del aula afirman su autonomía (Giddens, 1984/1995, p.

318). La burla les da placer y un aire de superioridad, sus razones se confirman, y por eso vuelven a hacerlo; las actitudes de una cultura se reproducen en cada generación «por buenas razones» (Willis, 1977/1988, p. 205, nota 7). Lo que no buscaban, quedarse sin títulos, se convierte en la condición de la elección siguiente, y cuando llega la hora de trabajar la fábrica aparece como lo natural. La eligen, en cierto sentido, aunque las condiciones de esa elección las fabricaron ellos sin querer; y como allí reencuentran la gastada y el grupo (p. 68), viven su destino como un aprendizaje y hasta como una forma de resistencia (p. 14). La satisfacción inmediata, lejos de esconder la trampa, la sostiene, porque lo que se pierde está en otro plano, el de ese potencial de transformación que Willis veía en su intuición. Más que un círculo, el recorrido dibuja una espiral: ninguna vuelta es idéntica a la anterior, y cada una puede cerrar un poco más la situación, o abrirla.

3. La «gastada» en las plataformas

Volvamos a las tres de la mañana. Tirarse frente a la pantalla después de un día de trabajo o de estudio tiene algo de rechazo, porque por un rato nos negamos a rendir; pero es un rechazo solitario, que no pone nada en cuestión, y en eso no se parece a la rebeldía de los muchachos. Lo que sí se le parece es la ironía con que consumimos. Nos burlamos del político que se traba, de lo que otros publican, de nosotros mismos. La ironía supone una distancia entre lo que se hace y lo que se da a entender, y esa distancia necesita a alguien que la entienda, porque quien no capta el guiño lo confunde con adhesión. Como la gastada, el consumo irónico[4] es una práctica cultural con códigos compartidos, aunque su «nosotros» es distinto: no se conoce, no tiene cuerpo, nadie lo convoca. Es un «nosotros» virtual, en un sentido cercano al que Giddens le da a la estructura, que solo existe al actualizarse en las prácticas (1984/1995, p. 54), y que aparece cada vez que alguien entiende el chiste.

Esa burla también sabe algo. Cortar el discurso solemne justo en el titubeo es mostrar dónde falla la solemnidad del poder, del mismo modo que los muchachos sabían averiguar dónde estaban los puntos débiles de la autoridad de sus maestros (Giddens, 1984/1995, p. 317). Hay ahí una intuición acertada: sabemos cómo funciona el poder, el de la política y el de las plataformas, y no queremos que nos engañe. Slavoj Žižek leyó esta distancia de otro modo. Marx había escrito, a propósito del fetichismo de la mercancía, que los hombres «no lo saben, pero lo hacen» (1867/2008, p. 90); Žižek dio vuelta la frase para describir una razón cínica, la de quienes «saben muy bien lo que hacen, pero aun así, lo hacen», incluso tomando distancia irónica (1989/2003, pp. 57, 61). Para él, esa distancia es justamente lo que permite seguir. Tiene razón a medias, porque la gastada de los muchachos muestra que la burla es también una intuición, y que su destino depende de lo que se haga con lo que se sabe.

Por ahora, el destino de nuestra burla se parece mucho al de la gastada. En lugar de volverse crítica del poder, se reabsorbe como entretenimiento: el fragmento del político se

consume como el capítulo de una serie, por el chiste que va a salir y no por lo que una medida hace en la vida de la gente. La ironía circula por las mismas plataformas de las que se ríe, se vuelve contenido y produce atención, y así el tiempo que nos negamos a hacer rendir para nosotros rinde para otros. Funciona, además, como un escudo, porque permite consumir lo que da vergüenza siempre que quede claro que nos reímos de eso y no con eso. Quien se ríe así se deja afuera, como los muchachos frente a los conformistas; quien se ríe de sí mismo se incluye en la burla, aunque eso tampoco garantiza nada. Decimos que queremos desconectar, y lo hacemos conectados. A la noche siguiente el flujo ya sabe qué nos hace reír, y lo vivimos como algo dado, no como algo que contribuimos a producir.

4. Escapar hacia lo mismo

Los muchachos querían hacer suyo el tiempo de la escuela; nosotros queremos hacer nuestro el tiempo que el rendimiento nos quita, y de paso afirmar algo de autonomía. Marx ya había notado que el trabajador solo se siente en casa cuando no trabaja (1844/2006, p. 110), pero en el libro III de El capital deja claro que la libertad no es el simple tiempo libre: empieza donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por fines ajenos, y consiste en desarrollar las capacidades humanas como algo que vale por sí mismo (1894/2000, pp. 272-273). A ese tiempo propio, que nadie tiene del todo pero que sirve como medida de lo que falta, podríamos llamarlo «ocio». Es lo que el entretenimiento promete y no da, porque el tiempo libre que encontramos está también organizado por la lógica del rendimiento, y rinde, pero no para nosotros, sino para otros.

Que la diversión prolonga el trabajo no es una novedad: Horkheimer y Adorno lo escribieron hace ochenta años, aunque imaginaban una industria cultural que determina por completo a quien se divierte (1944/1998, p. 181). Nosotros partimos de personas que saben, y desde ahí la comparación con los muchachos deja ver una diferencia. Su fuga tenía la forma de aquello a lo que conducía, porque la fábrica se organiza como la cultura contraescolar; la nuestra se parece a aquello de lo que huye. Escapamos del rendimiento hacia un tiempo libre que se le parece. Lo contrariado es doble: el ocio y el potencial crítico de la ironía, que en lugar de llevarnos a cambiar la situación nos deja, como a Alicia, corriendo para quedarnos en el mismo lugar. El problema no es el rato, que también da buenos momentos, sino lo que reproduce.

5. El malestar, después y en otra parte

¿Dónde está, entonces, el malestar, si lo elegimos, si sabemos bastante de lo que hacemos y si además nos reímos y la pasamos bien? No en el rato, sino en la distancia entre lo que conseguimos, la risa y la sensación de no dejarnos engañar, y lo que buscábamos, ese tiempo propio que llamamos ocio. Freud usa la palabra para algo que no se reconoce

como lo que es y que puede aparecer como «un descontento para el cual se buscan otras motivaciones» (1930/1992, p. 131). Él lo ata a la conciencia de culpa; a nosotros nos basta con la forma de un descontento que no sabe bien de qué es.

Por eso llega tarde y a otra parte. Llega tarde porque, como observa Freud, lo que perdura apenas da un ligero bienestar y gozamos mucho más del contraste que del estado (p. 76). Entre el rendimiento y un entretenimiento que se le parece hay poco contraste, y un flujo hecho para no interrumpirse es puro estado: de ahí el ligero bienestar, y de ahí que el malestar aparezca recién cuando el flujo se corta, al apagar la pantalla, con la sensación de que el tiempo se fue sin haber sido nuestro. Llega a otra parte porque, como nadie nos obliga, no tenemos a quién reclamarle, así que le echamos la culpa a lo que vimos, decimos que fue un mal día y, muchas veces, nos reprochamos no haber cortado antes, como si la paradoja fuera una falla personal. Elegimos, es cierto, cómo actuar, pero no la paradoja en la que esa elección nos pone.

Podemos responder ahora las preguntas del comienzo. Lo que produce el malestar no es una imposición ni un engaño, sino lo que llamaremos una paradoja práctica: una búsqueda que obtiene lo que pide en lo inmediato y que, por las consecuencias que no buscaba, termina yendo contra aquello que perseguía. No consentimos por ignorancia de lo que hacemos, sino porque tenemos razones para seguir: la ironía nos regala la risa de no dejarnos engañar, con cierto aire de superioridad sobre quienes, creemos, sí se dejan. Pero esa misma ironía alimenta las plataformas de las que se ríe, y el malestar es el registro de esa distancia, desplazado en el tiempo y en su objeto. La convocatoria pregunta cómo es el malestar que esta cultura segrega; tal vez sea este, uno que registra una distancia y la atribuye a otra cosa. El verbo tiene también el sentido de apartar, y en ese sentido la cultura del entretenimiento segrega el ocio: lo deja fuera de un tiempo que ya está lleno.

6. Otro giro

> El lunes por la mañana no tiene que implicar necesariamente una eterna sucesión de iguales lunes por la mañana. —Paul Willis, Aprendiendo a trabajar (1977/1988, p. 222)

¿Qué hacer entonces? Si el problema es una paradoja, el camino directo no sirve: buscar con más empeño el tiempo propio, o reírse con más ganas, puede ser otra manera de perderlo, o de que el rechazo vuelva a convertirse en afirmación. Willis conocía esta encrucijada y le dedicó el último capítulo de su libro, «El lunes por la mañana y el milenio». El milenio sería el gran cambio de las estructuras; el lunes por la mañana es lo que un docente puede hacer en su aula al día siguiente, aun sabiendo que eso mismo puede contribuir a reproducir lo que quiere cambiar (1977/1988, p. 213). Para Willis, ese lunes consiste en

ayudar a que los muchachos comprendan sus propios procesos culturales (p. 222), algo modesto que puede ser, a la larga, una de las condiciones del cambio estructural (p. 221). Si la estructura se produce y se reproduce en nuestras prácticas, también es en ellas donde puede empezar a alterarse, y la misma espiral que reproduce es el lugar donde puede empezar otro giro.

La autoridad de la que se burlaban los muchachos tenía cuerpo y rostro; el diseño de las plataformas no lo tiene, y el «nosotros» de la ironía tampoco. Por eso pensamos en el aula, que conocemos desde adentro, como uno de los lugares donde esa ironía puede retomarse entre varios, con los cuerpos presentes y frente a reglas que se pueden discutir. A veces alcanza con llevar uno de esos memes a clase y preguntar, entre todos, de qué nos estamos riendo y quién gana con nuestra risa. El aula no está a salvo de la lógica del rendimiento, pero se puede intentar; de hecho, es lo que quisimos hacer en estas páginas.

Lo que proponemos, entonces, es algo modesto, del orden del lunes por la mañana. No se trata de dejar de reírnos: saber algo de lo que hacemos y reírnos de ello ya es una forma de lucidez. Lo que no sabemos, o sabemos a medias, son las condiciones que producimos al hacerlo, y en ese juego entre lo que sabemos y lo que no, entre lo que rechazamos y lo que terminamos afirmando, se cifra la paradoja. Se trata de dar un paso más y advertir esas condiciones entre varios y cara a cara. Advertirlas no nos garantiza salir de ellas, pero tal vez ayude a que el próximo lunes sea distinto.

Notas

[1] Aquí, como ves, hace falta correr todo lo que puedas para quedarte en el mismo lugar.

[2] Así se llamaban a sí mismos quienes formaban la cultura contraescolar. Preferimos traducirlo como «muchachos» o «pibes», más que «chicos», como figura en algunas traducciones.

[3] Nos referimos al consumo de redes, series, streaming y videos que circula por plataformas organizadas por el mercado, aunque buena parte de lo que se consume, como muchos memes, lo produzcan los propios usuarios. Dejamos de lado otras formas de entretenimiento, y también los juegos y las apuestas en línea.

[4] Llamamos consumo irónico a mirar, compartir o viralizar algo no porque nos guste o lo valoremos, sino por el placer de burlarnos, de él o de nosotros mismos al consumirlo, a menudo desde una posición de superioridad: se participa, pero tomando distancia de la participación.

Referencias bibliográficas

Carroll, L. (2008). Through the looking-glass. Project Gutenberg. https://www.gutenberg.org/ebooks/12 (Trabajo original publicado en 1871).

Freud, S. (1992). El malestar en la cultura (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras completas (Vol. 21, pp. 57-140). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).

Giddens, A. (1995). La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración (J. L. Etcheverry, Trad.). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1984).

Horkheimer, M. y Adorno, T. W. (1998). Dialéctica de la Ilustración: Fragmentos filosóficos (J. J. Sánchez, Trad.; 3.ª ed.). Trotta. (Trabajo original publicado en 1944).

Marx, K. (2000). El capital: Crítica de la economía política (Libro III, Tomo III; V. Romano García, Trad.; 2.ª ed.). Akal. (Trabajo original publicado en 1894).

Marx, K. (2006). Manuscritos económico-filosóficos (F. Aren, S. Rotemberg y M. Vedda, Trads.). Colihue. (Trabajo original escrito en 1844).

Marx, K. (2008). El capital: Crítica de la economía política (Libro I, Vol. 1; P. Scaron, Trad.). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1867).

Marx, K. (2009). El 18 Brumario de Luis Bonaparte (2.ª ed.). Prometeo Libros. (Trabajo original publicado en 1852).

Willis, P. (1988). Aprendiendo a trabajar: Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera (R. Feito, Trad.). Akal. (Trabajo original publicado en 1977).

Žižek, S. (2003). El sublime objeto de la ideología (I. Vericat Núñez, Trad.). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1989).